

EL ANILLO DE LAS LÁGRIMAS

Xosé M. Sánchez Sánchez

2016

PREFACIO

Lo quería; lo deseaba. Más de lo que había querido y deseado nada en aquella infecta y deleznable tierra. Muchas edades había cruzado para llegar a aquel momento, a aquel instante preciso; siglos de conocimiento desde la corte de Aulë hasta entonces. En las cavidades recónditas de Orodruin, retorcidas como serpientes imposibles de recorrer, retumbaban todavía los ecos metálicos y sincopados de la forja, sonidos de la desesperación y la ira mascadas con el tiempo, del dominio y el poder concentrados en un pedazo de oro. Conjuros y bestias, anhelos de grandeza, rencores de antaño, viejos como aquellas edades... Una leve sonrisa triunfal se dibujó en su cara sudorosa con el reflejo de la lava en su frente mientras, lentamente, deslizó por vez primera aquel anillo, el Anillo, en su dedo.

Aquel acto en apariencia insignificante atravesó montes y montañas, caminos, sendas y veredas, atravesó colinas y valles, jardines, humedales y yermos... para sacudir con violencia a Celebrimbor en la próspera Ost-in-Edhil, en el corazón de Eregion. Se dio cuenta entonces de su necedad, de la venda que había tenido en los ojos ante aquel que se decía Annatar, Señor de los Dones. “¡Señor de las Mentiras, debiera ser!”, pensó mientras maldecía sus propios actos. Le había abierto sus puertas, ¡las de los Mírdain y sus secretos de hierro y forja!

Pero no todo había sido en vano; Tres anillos había forjado a sus espaldas, Tres que no había tocado el Amo de la Mentira, Tres... que debían escapar a toda costa. Celebrimbor salió a toda prisa en busca de su caballo, mientras, al Este, la Sombra planeaba embestir de nuevo.

Pocas primaveras pasaron hasta la guerra inevitable y abierta entre elfos de Lindon y Eregion contra las huestes de Annatar del Este. Pero el golpe fue tan duro como el del martillo que ávido de riqueza cruje sin piedad las entrañas de la tierra. Y no tardó Annatar, dueño del Anillo forjado en las sombras, en secreto, en la soledad de Amon Amarth, en entrar como torrente desaforado en Ost-in-Edhil. Sus callejuelas se

ensombrecían a cada paso castigadas por la Lengua Oscura, por gritos, carreras, lanza, maza y espada de Mordor. Y en medio de la vorágine, en las escaleras de la casa de los Gwaith-i-Mírdain, a una decena de peldaños del suelo, Celebrimbor blandía su martillo de herrero a diestra y siniestra, crepitando los intersticios de su armadura... hasta que no pudo más, hostigado por una multitud. No tardaron en atarlo, entre risas huecas y guturales, mientras a sus espaldas, desde los pisos superiores de las casas de los Orfebres, ascendía un humo retorcido hacia el cielo de Eregion; la ciudad entera estaba siendo incendiada.

Las risas se fueron apagando cuando los pasos lentos y decididos de Annatar se dejaron sentir cada vez más potentes, como si un ejército entero golpease el suelo con cada pisada del maia. Y su rostro era duro, frío, bello como siempre, de piel fina y cabello oscuro, pero ladino y cruel como antes se intuía pero no se dejaba ver.

-Celebrimbor, Telperinquar, hijo de Curufin, de la casa de Fëanor –su voz sonaba a cuchillo afilado, retorcida como si le doliese cada palabra élfica–. Mi amigo... mi aprendiz de herrero... Te veo bien.

-Señor de los Dones, te haces llamar, tú, que eras el verdadero aprendiz, Annatar. Aprendiz de la Sombra. Conozco ahora tu nombre, Sauron, Gorthaur el Cruel –escupió Celebrimbor, reprimiendo las punzadas que aquellas palabras le producían y demostrando que tampoco él temía las lenguas. A su espalda sonaban golpes y carreras, gritos y aceros, que se repetían como el eco en una cueva.

-Erais vosotros, los que queráis que esta Tierra fuese como Valinor y caminar sintiéndoos dioses. ¡Y has puesto en práctica bien mis enseñanzas! –comentó divertido-. Dieciséis anillos hemos forjado juntos, con tus Mírdain. Pero tú has ido más allá, ¿verdad? ¡Ah engañoso! –fustigó con una risa entre dientes.

-Desde aquí te digo: acabarás tus días sin tocar Los Tres, Gorthaur, Annatar... Sauron.

-Veremos... veremos –interpuso Sauron con un inquietante gesto de calma en la mano-; tenemos mucho tiempo para hablar, herrero, nieto de Fëanor, al que superas. ¿Ya los has repartido? Uno a Khazad-dûm ¿eh? –si Celebrimbor se sorprendió, no dio muestra-; Durin, Durin... tercero del nombre... Ya habrá tiempo para eso.

Un par de figuras grotescas, cubiertas de crujientes armaduras negras, descendieron aprisa la escalera desde el piso superior. Una de ellas traía entre las manos una caja de madera, con remaches repujados en las esquinas y un cierre de plata. Sin

decir nada y con las cabezas gachas pusieron el objeto en manos de Sauron. En su mirada se filtró un brillo triunfal al abrirla.

-Nueve Anillos vuelven a mis manos; Siete más faltan... y alguno más. ¿Qué has hecho, Telperinquar?

Celebrimbor le sostuvo la mirada y comprobó la profundidad de los maia, la grandiosidad de su presencia, los ecos de los Valar, de la corte de Aulë y la existencia eterna, llenándolo todo ahora de oscuridad y resentimiento, deseo de conocimiento secreto e intrigas. Sauron dejó de ser bello entonces, aun sin cambiar de rostro, mientras todo se oscurecía a su alrededor; la maldad, el rencor, la codicia y la ira, escondidos desde la Primera Edad del Sol rompieron entonces su dique para desatarse con la furia de una riada incontrolable, concentrados en tres palabras que hicieron retumbar los muros ya quejumbrosos de aquella ciudad:

-¡Dame... mis... Anillos! –tronó, y su figura pareció llenarlo todo y su voz retumbó en un eco sordo, doloroso para cualquier oído, y hasta sus propios sirvientes sintieron agujones en las entrañas.

Triste fue el final de Celebrimbor, que cayó bajo la mano inmisericorde de Sauron en su hora de Gorthaur el Cruel; la tortura y el dolor finalizaron con el maestro de los herreros colgado como estandarte de las tropas negras y el Amo del Anillo en poder de los Nueve. Ya era tarde para el reino de Eregion, arrasado. Las tropas de Gil-Galad desde el norte y Tar-Minastir desde Númenor consiguieron derrotar a la Sombra; pero Sauron se retiró a Barad-dûr. Y en su torre oscura esperó; y esperó; y esperó...

EN LO ALTO DEL SORONTIL

Eldandur cerró los ojos e inspiró; llenó su cuerpo de un aire limpio y puro, allá en lo alto del Sorontil, en el extremo más septentrional de Forostar, frente al mar. Sobre su cabeza, como siempre, como cada anochecer, las estrellas despertaban con guiños e historias de antaño, de cuando la tierra era más joven y la vida más sencilla, pensó; o quizá no; o sí; ¡quién sabía!

Pasó una hoja del libro que tenía entre sus manos, observó las anotaciones y volvió a comparar las estructuras del cielo; eso era él: el que miraba las estrellas, el que desentrañaba la magia extraña y antigua de Númenor. Y su padre antes que él, y el padre de su padre. Tar-Meneldur, el rey vigilante de las estrellas, había hecho levantar aquel observatorio en el extremo de la isla, hacía ya más de mil años, y Eldandur cumplía con el encargo de su familia: vigía, custodio, sabio. La torre se erguía como intentando tocar el cielo, recia y fuerte, pero esbelta, arco sobre arco, piedra sobre piedra, con la única finalidad de conocer, de observar, de saber... En lo alto, un observatorio con cúpula sostenida por columnas suaves, y afuera, el cielo ahora teñido por la luz anaranjada del anochecer con las primeras y más brillantes estrellas ya fijas en el lienzo azulado.

-Tarannon –llamó, con voz suave-. Ven Tarannon, sal.

Se escuchó el cierre seco de un libro voluminoso, y de la puerta que a su espalda daba acceso al interior salió un joven espigado de pelo oscuro desgredado y mente inquieta, inequívoco hijo de su padre en el rostro.

-Dime, padre.

-Ven acércate –le indicó con un gesto de la mano-. Mira; ¿qué ves?

El joven dio unos pasos y se detuvo un instante observando el cielo, para mirar luego detenidamente el libro que su padre sostenía. Tras un par de comparaciones, hizo un gesto de incredulidad arqueando las cejas oscuras y finas.

-Es Telumendil... es diferente.

-Exacto –coincidió con una sonrisa orgullosa, Eldandur-. Parece que, cuando se redactó este volumen no estaba todavía bien formada.

-¿Y si lo recogieron mal? –argumentó Tarannon.

-Podría ser... Ya veremos, ya veremos... Por lo de pronto veo que te has estudiado bien las cartas... ¡Que ya es bastante!

-¡Pura suerte, *adar!* –rió Tarannon-. ¿Y la magia? –continuó, ya algo más serio-, ¿cuándo será momento de la magia?

-Paciencia, hijo, paciencia; primero has de leer, de saber, de conocer, de observar... El conocimiento lo es todo, somos nosotros mismos; el de los saberes antiguos, el de las entrañas de la propia Tierra, el de sus cielos, ríos y criaturas, el de la vida... y el de la muerte.

-Me quedo con el observar, ver, experimentar; guárdate el conocer para ti – Eldandur sacudió la cabeza, divertido, ante la juventud animosa e irreflexiva de su hijo-. Y la magia, claro.

-Ayúdame a recoger esto, anda; suficiente lectura por hoy –le pidió mientras cerraba el libro. Echó una última mirada al cielo del anochecer, oscureciendo paso a paso, profundo, salpicado por gotas de rocío de invierno que refulgían cada vez más como un mapa sobre sus cabezas; inspiró nuevamente el aire fresco y salado, y entró en la torre, seguido por Tarannon.

Apilaron varios volúmenes en una mesa circular de madera situada en el centro de la sala; la mesa rodeaba una escalera que ascendía hasta el puesto de observación en lo más alto de la cúpula. Buena parte del muro de la estancia estaba cubierto por estanterías hasta el techo llenas de libros, tratados, mapas y dibujos. Ocupando el hueco entre dos columnas de estantes, presidía la cámara un precioso aunque ya algo ajado tapiz con Varda Elentari como Gilthoniel, dando luz a las estrellas. Eldandur se quedó mirando la imagen; se sentía cansado, con la pesadumbre de sus 195 años sobre los hombros empujándolo cada vez un poquito más.

-¿Acabas tú? –preguntó a Tarannon.

-Claro, *ada*; no te preocupes.

-Gracias; yo voy a hablar con tu madre.

Tarannon sabía perfectamente dónde encontrar a su hermana. Andunë no dejaba de merodear los bosques en los anocheceres claros, mientras todavía había luz; ella era de tierra húmeda, de ríos que rugían en su cauce con estrépito, de copas verdes y montañas altas, de monturas y carreras y viento en la cara, de otoños e inviernos fríos como la nieve.

Bajó las últimas escaleras de la torre con paso apurado; llegar al piso inferior, desde las alturas, llevaba su tiempo. Salió por la puerta, saludando a la guardia con gesto alegre y recibiendo una leve sonrisa a cambio. La torre se situaba en lo alto del

Sorontil; el monte no era demasiado alto, pero se erguía escarpado como el filo de una espada sobre cuyos acantilados golpeaba el mar inclemente pareciendo querer derribarlo a cada poco.

En la ladera sur se extendía el bosque durante buena parte del descenso, umbrío y oscuro. Pero el miedo no era para Andunë. Tarannon no reprimió una sonrisa al pensar en su hermana. Descendió con una pequeña carrera, con cuidado de no trastabillar y caer; pero sólo necesitó dar unos pocos pasos para ver su figura de espaldas. Tarannon tomó una piedra del suelo, se acercó un poco más y, gritando “¡hermana!”, lanzó la piedra al aire.

A poca distancia la joven se giró de inmediato y, sin apenas tiempo, movió su brazo, colocó una flecha en el arco, tensó, lanzó y partió la piedra por la mitad. Acto seguido bajó el arco y se llevó la mano a la boca fingiendo bostezar.

-Qué fácil, hermano –interpeló-. Se nota que vienes de estar con padre, entre libros y papeles; las estrellas y las historias detiene tu brazo.

Andunë era mujer dura y recia, adusta, de belleza pétrea, descendiente primogénita de uno de los linajes destacados de los dúnedain; la sangre de Númenor corría por sus venas, hija del guardián del Sorontil... pero cuando sonreía, las veces que lo hacía, la dulzura de su mirada de ojos grises atrapaba a quienes lo presenciaban.

-Dí mejor que te tiré una piedra grande.

-Claro, será eso.

Tarannon se acercó, distraído, pero su hermana cargó el arco nuevamente con la rapidez del rayo y disparó frente a sus pies. “Ni se te ocurra”, dijo con una sonrisa.

-¿Qué? ¡No iba a hacer nada! –respondió incapaz de reprimir una mirada cómplice.

-Ya, ya.

-¿Qué hacías?

-Practico con el arco casi a oscuras, escucho el bosque... –se detuvo un instante-.

¿Qué tal padre?

-Bien, bien; hemos estado leyendo, y antes de recoger hemos visto a Telumendil.

¿Por qué no subes algún día? Le encantaría.

Andunë dejó caer un amago de sonrisa amarga mientras recogía sus flechas.

-A padre le encantaría muchas cosas. Pero debería de escuchar más la tierra y no mirar tanto las estrellas. Quizá algún día le haga más falta que sus juegos de magia, sus luces y sus conjuros.

-¿Por qué dices eso? –inquirió Tarannon, mientras se apoyaba sobre sus manos a la espalda en un árbol. Sintió la corteza suave por el musgo bajo las palmas. De fondo, se escuchaba el sonido del bosque mezclado con el rugido lejano pero potente del mar.

-Tú tampoco escuchas nada ¿verdad? –su hermano negó levemente, casi con vergüenza-. La gente murmura, Tarannon; murmuran contra los Valar, hablan de ir a las Tierras Imperecederas, hablan... bueno, hablan. Se dice que incluso el rey, habla.

-¿Para qué? Tenemos todo, aquí; tenemos...

-Tenemos muerte –le interrumpió-. Eso tenemos: muerte.

-Eso no es verdad, Andüne; tenemos mucho más. Y lo sabes.

-Venga, vamos para dentro hermanito; se hace tarde y la oscuridad no trae nada bueno. Ni aunque sean vuestras maravillosas estrellas –comenzó a subir la escarpada ladera, entre los árboles-. ¿Dónde está padre?

-Hablando con madre.

Aún entre las sombras crecientes se pudo ver el gesto frío de la joven, con su arco a la espalda y la mandíbula tensa. “¿Es que no aprende?” murmuró, y continuó con su paso firme. Bajo sus pies crujían las primeras hojas del otoño que poco a poco iban alfombrando el bosque.

-Ve con él; ven con nosotros.

-Déjame en paz.

-Paz. ¿Acaso estás tú en paz? ¿Con ella?

-Mi madre sólo me trae imágenes de debilidad; una debilidad que dejó pasar su don. Que dejó marchitar la larga vida, esa migaja que nos concedieron, ese regalo envenenado...

-¿Por qué eres tan dura, Andonë? ¿Con él? ¿Con todos?

Ella continuó caminando, casi sin esfuerzo a pesar de lo relativamente escarpado del terreno mientras su espíritu se intentaba sacudir de sentimientos oscuros.

-Vosotros haced lo que queráis. Yo no hablo con los muertos.

Eldandur nunca conseguía reprimir alguna lágrima. Habían pasado ya años; muchos. Pero cuando le contaba sus quehaceres, sus pensamientos, le parecía realmente tenerla allí, junto a él, como siempre, llenándolo todo con su luz y su risa. Entonces, la imagen empezaba a desvanecerse y veía su rostro labrado en piedra en la cripta. Tan bien hecho estaba aquel maldito trabajo que parecía que Mel-Silmë iba a girarse y

saludarle. Pero eso no ocurriría; jamás. No había agotado su existencia y ya se había ido, arrebatada de la larga vida antes de tiempo por la enfermedad. Su luz de estrellas.

La cripta se situaba en uno de los edificios anejos a la base de la gran torre, comunicados por un pasillo; abovedada y con una ristra de columnas de fondo, albergaba a buena parte de los custodios de Sorontil y, en medio, Eldandur había querido que estuviese Mel-Silmë; bella como el primer día.

Siempre llegaba un momento en que no podía más; en que el aire se le agolpaba en el pecho y tenía que salir de allí, cabizbajo y avejentado como un campesino golpeado por las inclemencias del tiempo día tras día, año tras año, decenio tras decenio... pues tal era su pena.

*Luz de estrella ya apagada
a quien el recuerdo no hace justicia,
visión marchita de otro tiempo,
vuela alto el amargo recuerdo
de la muerta aun amada,
que ve en lo alto del monte enterrada
su frágil juventud.*

Recitó por lo bajo, guardándose para él aquellos versos amargos. Dio media vuelta y salió de la estancia; cada paso era un lamento, pero a medida que se distanciaba de la cripta parecía iluminarse un poco su alma, mantenido recuerdos gratos y alegres, arrinconando las tristezas.

Cuando salió le esperaban afuera sus hijos, a ambos lados de la puerta. Él los recibió con una sonrisa ya cotidiana que le fue correspondida, más por Tarannon que por Andunë.

EL PILAR DEL CIELO

Avanzaba el otoño, tiñendo los bosques de anaranjados, marrones y ocres, de almagres y sepias. Abandonaban las hojas las alturas rematando de alfombrar los caminos pedregosos, claros y umbríos y dejando desnudas las copas de los árboles para filtrar mejor el sol cada vez más mortecino y débil en aquel frío mes de Ringarë que estaba todavía comenzando. El crujir bajo los pies había quedado ya atrás, en los primeros tiempos de la estación, cuando las hojas muertas eran todavía jóvenes y el calor, sin apretar, bañaba aún las aguas de los riachuelos y el techo del bosque. Quizá se mantuviese todavía en el sur, en el puerto de Nindamos o en el cálido Hyarnustar; no en el norte, desde luego. Ahora, pasadas las semanas, con el invierno acechando ya en el horizonte, las gotas de rocío bañaban las primeras horas anunciadas por los pájaros del coro del alba, humedeciendo el suelo y los caminos y silenciando las pisadas.

Quizá por eso nadie escuchó llegar al viajero, no anunciado más que por la inquietud imperceptible de ciertos animales.

-¡Hazlo! Venga hermana. Mira, si te lees éste, Andunë –Tarannon le mostró un pequeño volumen que tenían en su mano-, yo practicaré con el arco hasta acertar en un árbol a veinte pasos.

-¡Sí hombre! No tenemos tanto tiempo.

-¡A veinticinco! ¡Venga! –ambos se miraban intercambiando sonrisas, en aquella mañana oscura.

-Me lo pensaré ¿vale? Uno cortito. Aunque no hoy, claro; hoy quiero seguir otra vez el camino al sur hacia Ondosto a ver si traigo alguna noticia.

Aquella pequeña y sobria estancia, en uno de los pisos superiores, daba acceso a la cúpula en lo alto de la torre. Eldandur les sorprendió con paso fuerte y animoso frente a las escaleras, iluminadas por la luz que entraba por las ventanas que se abrían en cada tramo; no quedaba mucho tiempo de claridad y estrellas en el año y quería preparar con Tarannon varias comprobaciones para el invierno. “¿Vamos?”, interpeló. Como era de esperar, Andunë se hizo a un lado. “Id, id” respondió con cierta sorna, para continuar recitando:

*Luz clara de día fresco,
llévame a los bosques del Sorontil,
deja estrellas y tráeme el día,
come, bebe y sé feliz.*

-Hermana, que no se pierdan tus composiciones –recomendó Tarannon con una sonrisa ante la mirada divertida de su padre, mientras ella arqueaba las cejas y torcía la boca en mueca de fingido orgullo.

Iban a separar ya sus caminos cuando a sus espaldas llegó el jefe de guardia.

-Un viajero solicita audiencia, señor.

Eldandur ya estaba en el quinto escalón.

-¿Su nombre?

-No lo ha dicho, señor; sólo que querría hablar con el sabio de Sorontil.

-Igual eres tú, Tarannon –interrumpio Andunë.

-Muy graciosa –respondió su hermano más divertido que ofendido.

-Está bien –concedió Eldandur volviendo a bajar los peldaños-. Acabemos cuanto antes. Conducidlo a la sala de audiencia. Y vosotros venid conmigo.

La sala de audiencias no era la mayor de la torre, pero sí la más bella. A gran distancia sobre la cabeza una bóveda con nervaduras se derramaba suave en la columnata que la rodeaba por completo; un ancho pasillo comunicaba con la puerta de entrada. Los capiteles reflejaban escenas varias: la creación de las Lámparas; Laurelín y Telperion; la edificación del observatorio del Sorontil... Al fondo de las galerías ricos murales decoraban la estancia con imágenes de la historia de Númenor en colores que veían ya cómo el paso del tiempo les robaba su vitalidad pero que todavía transmitían el sentimiento de los Edain; destacaban especialmente tres por tamaño y grandiosidad: la derrota de Morgoth en la Guerra de la Cólera, el emerger de Númenor del mar y el desembarco de Elros. De la parte más elevada colgaban pendones con los emblemas de Eärendil con el silmaril en el centro, y los de las principales casas de los Edain, Bëor, Hadeth y Haleth, pendiendo cada uno hasta la mitad del muro. Al fondo, un pequeño estrado sobre el que se levantaban tres sillas de madera de igual tamaño, cómodas pero austeras.

Eldandur y sus hijos no tardaron en ocuparlas, con el señor del Sorontil en el centro. Un breve instante después se abrió la puerta que daba acceso a la sala desde la

antecámara y, tras el crujido de la madera al cerrarse a su espalda, el viajero caminó con paso lento, pero no timorato, hacia ellos. A medida que se acercaba pudieron verlo mejor. En sus manos llevaba un paquete, envuelto en tela. A medio camino retiró la capucha que cubría su cabeza. Era joven, de una edad similar a la de Tarannon. En su cara se dibujaba una sonrisa que no terminaba de transmitir toda la confianza que pretendía; su boca era grande, amplia, casi desproporcionada en comparación con el resto de su rostro. Sus ropas eran las de un caminante, con capa negra medio roída sobre los hombros y barro del camino en sus pantalones y botas. Cuando hubo llegado casi a su altura, a dos pasos del estrado, se detuvo, sosteniendo su sonrisa y la mirada fija en Eldandur.

-Gracias por recibirme, señor de Forostar, vigilante del Sorontil –su voz era suave, comedida, medida en realidad, pero de tono en cierto punto meloso y agradable al oído.

-Somos nosotros quienes agradecemos al viajero que detiene aquí su periplo por nuestras tierras –respondió Eldandur devolviendo el cumplido.

-Vuestra gentileza os precede Eldandur de nombre, *servidor de las estrellas* – inclinó levemente la cabeza a modo de reverencia-. Saludos igualmente a vuestros descendientes, Andunë y Tarannon Elendilenna, hijos de Eldandur.

No pudieron evitar alzar las cejas, echándose una mirada sorprendida de soslayo.

-Un caminante inquieto e informado, veo –interpeló Eldandur, sin dar muestra de sorpresa-. ¿O quizá algo más? ¿Qué os trae por el Sorontil? Vuestro acento no es de Forostar; ni siquiera de Elenna.

El recién llegado parecía divertirse con todo aquello.

-Ciertamente, esta visita no es fortuita, mi señor Eldandur. Vengo de muy lejos; de más allá de las costas de Endor, de una tierra de fuerza y conocimiento; y enviado por un señor de Endor, un señor de fuerza y conocimiento también.

-Mmmm, dejadme ver –Eldandur ladeó la cabeza fijándose en los rasgos y paladeando los sonidos-. ¿Arnor? No, demasiado al norte. Harad quizá, ¿Umbar?

-Ahí nací, mi señor. Buen oído para las lenguas y vista para los detalles. Pero vengo de otro lugar. Lamentablemente traigo indicaciones de mi señor de mantener por ahora cierta... privacidad.

-Sois vos el que habéis venido –interrumpió Andunë con gesto serio. Si al desconocido le molestó la impertinencia no dio muestra alguna, manteniendo su leve sonrisa impávida.

-Magnífica sala, mis señores; condensa buena parte de la historia de los Hombres desde sus comienzos en obras verdaderamente destacables –comentó posando su mirada en varias pinturas-. Lo sé, mi señora; y soy consciente de que no resultará agradable, pero asuntos más importantes me traen aquí que mi identidad.

-Vos diréis –prosiguió Eldandur, tomando de nuevo las riendas de una conversación que empezaba a cansarle.

-Mucho se os conoce de donde yo vengo. Y bien os conoce el que me envía. Pero no como aquí, por guardar el Sorontil, sino por vuestro poder, por vuestros conocimientos, por la fuerza de vuestro linaje apoyado en vuestros hijos; por vuestra injusta pérdida también –Eldandur se removió inquieto en su silla, como agujoneado por una mano invisible-. Aquí pocos parecen valorar vuestras artes, al menos en la corte, pero sois uno de los mayores sabios y concedores de los saberes antiguos de Númenor; gran vigilante de astros y estrellas y su profundidad en la magia de Elenna; mago, dirían algunos.

-Veo que tu señor, aquel del que no podemos saber nombre ni lugar, se ha tomado muchas molestias para conocernos, mientras yo permanezco en la ignorancia.

-Pero para eso estoy aquí, pues soy la boca de mi Amo. Mi señor tiene muchas similitudes con vos; anhela profundizar en el conocimiento, en los saberes y es un firme defensor de los dúnedain. He venido con un propósito muy concreto: establecer un primer contacto y relación con vos, en quien mi señor tiene la certeza de poder confiar.

-Me gustaría... –comenzó a replicar Eldandur, mientras en los rostros de Andunë y Tarannon se traslucía una expresión de escepticismo.

-Esperad; por favor –interrumpió con suavidad; su voz tomaba el punto meloso y etéreo de los sueños, grave pero adormecedora, lisonjera y embaucadora-. En aras de esta nueva relación, de una relación basada en la sabiduría y el conocimiento forjado por los Eldar y los Edain desde los tiempos de los propios Valar, mi señor os entrega esto.

Y con estas palabras desprendió de su envoltorio el objeto que llevaba entre las manos. Se trataba de un libro, como de dos cuartas de largo por una de ancho, encuadernado en piel de color marrón, con ribetes de madera repujada incrustados en las esquinas. Manteniendo la sonrisa en su rostro, el emisario se acercó con los brazos estirados e hizo entrega, con cierta solemnidad, del volumen.

Eldandur tuvo un breve momento de duda, y de manera absurda y sin saber por qué la imagen de Mel-Silmë se le pasó por la cabeza. Con un imperceptible gesto la

apartó de su mente y tomó el libro entre sus manos. El título, en adûnaico, estaba escrito en el centro, impreso a fuego: Minal-târik, *El Pilar del Cielo*. Jamás había oído hablar de aquel texto; ya no es que no estuviese en la torre del Sorontil, es que ni siquiera lo había visto mencionado.

-Mi señor, comprendiendo lo inusual de su anonimato, y buscando mantener con el sabio del Sorontil una relación próspera y discreta, os ha enviado la copia de uno de los más antiguos tratados acerca de vuestra materia, con el deseo de que le saquéis el mismo provecho que él mismo, que incluso ha realizado algunos retoques al contenido.

Andunë permanecía impasible, casi aburrida, pero Tarannon no pudo evitar inclinarse hacia su padre cuando éste abrió el libro, con un suave crujido de la piel. Aquello era un tesoro; algo incalculable que nadie en toda Númenor sabría valorar.

-Yo... nosotros... –Eldandur estaba absorto con las líneas que iban circulando por sus ojos; allá donde los posaba veía ideas, conceptos, historias, todos desconocidos, palabras a cual más sugerente-. No sé cómo corresponder a... vuestro señor.

Se podía percibir la satisfacción en su interlocutor, consciente de que había conseguido el efecto que deseaba. Con una nueva reverencia comenzó a dar pasos de espaldas, mientras se guardaba en el bolsillo la tela que había envuelto el libro.

-Nada se os pide, exige ni sugiere. No es esto sino el inicio de una amistad sincera; o así lo espera mi amo. Lamentándolo mucho, he de retirarme y seguir mi camino.

-¿Cómo? ¿Os vais ya? ¿No deseáis pasar un tiempo en Forostar? –preguntó Eldandur levantando la vista perezoso, como aquel que abandona lentamente un sueño excitante para retornar por obligación involuntaria a la realidad tediosa.

-Mi viaje no termina aquí, mi señor. Pero tened por seguro que volveremos a vernos –aquello no sonó como una amenaza, al menos no a los oídos de Eldandur; sus hijos no estaban tan seguros de ello-. Volveré con nuevas de mi amo, esperando ver vuestros progresos con el volumen.

Y no dio tiempo a más. Giró casi sobre sus talones, haciendo volar su capa negra, ocultó su cabeza bajo la capucha y recorrió la distancia que quedaba en un suspiro, saliendo por donde había venido sin mayor ruido que el de la puerta que se cerraba nuevamente.

-Esto ha sido de lo más extraño –comento Andunë, mirando todavía a la entrada de madera ahora cerrada. Pero su padre se había enfrascado nuevamente en la lectura, y

simplemente asentía con la cabeza, mientras Tarannon intentaba espiar algo por encima del hombro.

Realmente Eldandur, señor del Sorontil, vigía de las estrellas, no pudo valorar la magnitud de aquel presente hasta que hubieron pasado días, incluso semanas. Los textos allí contenidos eran no sólo desconocidos sino reveladores, mágicos, en el sentido más amplio de la palabra. Aquello no parecía estar escrito por hombres mortales. Se condensaban unas ideas, unos principios, unas tradiciones tan antiguas que parecían provenir del momento mismo de los Valar y los tiempos de Eä. Un conocimiento que Eldandur únicamente había imaginado llegar a intuir y que ahora estaba allí, en sus manos.

Llegó el invierno, gélido y delicioso, como era en el norte, con heladas cristalinas en las mañanas que reflejaban el sol de amanecer, campos cubiertos de escarcha y el bosque sumido en un profundo letargo, mientras los animales pasaban como podían la estación del frío. Y Eldandur continuaba con su ritmo frenético, con su lectura y relectura del Minal-târik; cada página, traía consigo comprobaciones, pruebas y observaciones de las estrellas en las noches que se abrían claras y cortantes. En las que no, en las oscuras, mascaba en su cámara entre dientes reflexiones e ideas. Y pensaba en el origen del libro, y más aún, por qué aquel conocimiento había permanecido oculto hasta ahora y quién lo había mantenido en el olvido para los Hombres. Los propios Valar, los Eldar...

Palabras justas en momentos exactos hacia estrellas concretas revelaban estados de ánimo, ideas... poder... Aquel era un saber demasiado peligroso, demasiado arriesgado, pensaba. Poco a poco, relegó a Tarannon a la lectura de libros menores; menores en comparación con aquel *Pilar del Cielo*, que guardaba en su cámara personal cuando no estaba consultando. Su hijo, lejos de pretender indagar más, aceptó el papel no sin resignación, aunque sus reclamaciones por conocer “la magia” cambiaron a “leer el libro”, más con diversión que con verdadero ansia. Eldandur lo veía de otra manera; aquellos saberes no debían, no podían, estar en manos de cualquiera, pues a él competía su custodia; y con el tiempo, ya veríamos.

Avanzada ya la estación, con el frío en su cénit, solo en el observatorio, afuera, en lo alto de la torre y con el rugido del mar de fondo rompiendo contra los acantilados más septentrionales de Elenna, imperceptible la espuma del océano en medio de la oscuridad, Eldandur probó algo. Unas de esas palabras dichas en momentos exactos

hacia estrellas concretas. Se orientó hacia el norte, con sus brazos semiabiertos y las palmas hacia arriba; estaba mirando hacia Menelmacar, El Guerrero del Cielo, también llamada Telhumentar, la constelación más destacada del invierno, que aquella noche estaba su posición más cenital durante la luna nueva. Y no necesitó gritar, ni hacer aspaviento. Susurró simplemente las palabras que había leído:

*Estrellas tras la luna muerta,
levantad ahora el velo invisible,
y abrid hacia el presente
las miradas ciegas de los Hombres mortales.*

Al instante nada cambió pero todo había cambiado. El cielo era claro, refulgente, blanco casi; un mundo etéreo, somnoliento y escondido a la vista cotidiana. Y el sentimiento de poder llenaba su espíritu, sorprendido como si saliese de un pequeño cuarto por vez primera a la inmensidad del bosque. Poco duró; apenas unos instantes; pero suficientes para inflamar sus deseos y su corazón.

No consiguió repetirlo, pues esas palabras habían perdido ya su fuerza pasado el momento. Tampoco lo contó a nadie; se lo guardó para sí, pues tal era la voluntad del guardián del Sorontil: conocer por sí mismo.

Andunë le transmitía durante las cenas las noticias del oeste y del sur que llegaban a través de la ruta comercial que cruzaban Númenor y unía la bahía y puerto de Andunië, en Andustar, al este, con el puerto y bahía de Rómenna, al oeste; y contaba cómo por toda Elenna iban y venían palabras de resentimiento hacia los Valar, hacia una larga vida concedida como premonición de la muerte segura, a la prohibición de tocar las Tierras Imperecederas y hacia los elfos. En breve, decía Andunë, o eso se comentaba en Ondosto, se abandonarían la lengua élfica en la enseñanza para utilizar únicamente adúnaico.

Mientras Tarannon negaba con la cabeza Eldandur prestaba atención, pero en su mente bullían sus propias ideas. Luego, muchas noches, volvía a subir a lo alto de la torre.

Con el fluir suave de las cosas llegó el tiempo en que el aire empieza ya a tomar el olor dulce de la primavera y los primeros animales abandonan sus agujeros, cavidades, túneles y madrigueras para ver qué se cuece allá afuera, donde el frío se despide ya hasta el año siguiente. Tarannon estaba especialmente taciturno desde hacía

unos días, aunque Eldandur apenas le había dado importancia. Recorrían en aquel tiempo juntos las lindes del bosque durante las mañanas, en largos paseos arriba y abajo de la montaña.

-¿Ya no visitas a madre? –Tarannon disparó directo, mientras subía trabajosamente una loma. La pregunta cogió por sorpresa a Eldandur.

-¿Cómo?

-Que si no visitas ya a madre –repitió, ahora algo más timorato.

-Claro que sí, ¿cómo puedes decir eso?

-*Adar*, ¿cuándo fue la última vez? –Tarannon se detuvo y se giró, mirando a su padre.

-Pues... precisamente... –Eldandur se dio cuenta... de que no lo recordaba. Hacía realmente semanas que no bajaba a la cripta, que no hablaba con Mel-Silmë. Un sentimiento de vergüenza invadió su cuerpo casi hasta el rubor; pero volvió a verse en lo alto de la torre, conjurando a las estrellas; no tenía tiempo para más-. Sí, ahora que lo dices sí que hace algunos días.

-Semanas, diría yo.

-¿Y? –Eldandur se puso a la defensiva.

Tarannon pareció acusar la interjección como un golpe, dejando ver en su rostro una mirada entre extrañada y dolida.

-Nada, padre; es sólo que antes ibas continuamente, y que ahora...

-Ahora me he centrado en otras ocupaciones. Yo hablo con tu madre constantemente, siempre, siempre está a mi lado. Si tienes miedo a que la olvide, abandona las preocupaciones Tarannon Elendinenna, pues no hay forma en que tu madre me abandone ni yo a ella, pues mi propia muerte ha de volver a reunirnos.

Y las flores rompieron y todo se llenó de luz, de colores vivos y sonidos alegres; las hojas y las hierbas se hicieron recias y el bosque recuperó su manto color esmeralda, dejando atrás las inclemencias invernales. Pero en el Sorontil poco cambió; Eldandur repasaba ahora viejos tratados comparándolos con el Minal-târik, intentando sacar sus propias conclusiones y anotando sus propios pensamientos, de manera que a partir del mediodía poco o nada salía de lo alto de la torre.

-¿Y si vienes conmigo, *attô*, al camino del Este? No tardaremos demasiado, si vamos a buen paso –le propuso Andunë con entusiasmo una mañana, durante un

copioso almuerzo, mientras el delicioso olor del pan tostado con mantequilla y miel inundaba la sala refectorio-. Deja los libros, las estrellas y saberes, por un día.

-Gracias, hija, pero mis obligaciones me requieren y no pueden esperar demasiado; llévate a tu hermano –propuso extendiendo el brazo hacia Tarannon, sentado al otro lado de la mesa.

-¡Ya claro! ¡Pero si camina más lento que tú!

-Qué mentira... –interpuso el aludido haciendo gala de falsa ofensa-. Id si os apetece, padre –continuó sonriendo-; yo ordenaré las notas y libros.

-Gracias de nuevo, pero mis asuntos es a mí a quien competen –quería que esa frase sonase más dulce y liviana de lo que realmente sonó, dejando traslucir cierto recelo ante la insistencia de sus hijos por apartarle de su torre. Y un velo oscuro en forma de silencio incómodo cruzó la sala.

EL VIEJO

Los bosques del Sorontil estaban bellos como nunca; resplandecía el verde primaveral en todo su fulgor, casi cegador, multiplicando los tonos allá donde el observador ya avezado ya casual posaba su mirada. Ya no bajaban pedazos de hielo en los cauces de los riachuelos que surcaban el bosque de norte a sur en la ladera umbría y el agua no cortaba al caminante que se acercaba para refrescarse. El olor era suave y profundo, penetrante, con el sol bañando las copas de los árboles que lo tamizaban para permitir que llegasen al suelo únicamente leves rayos a través de sus hojas frondosas como manto de primavera.

La torre del Sorontil brillaba ahora, cubierta por una pátina que reflejaba el sol en las estaciones de la luz. Y en lo alto Eldandur continuaba enfrascado en estudios y lecturas, retomando la ayuda de Tarannon con naturalidad y tratando de olvidar los recelos absurdos que la oscuridad del invierno había plantado y regado en su cabeza, pensaba.

Días atrás Andunë había leído un pequeño tratado acerca de los orígenes de las estrellas, algo casi escolar, con relato guiado por la ensoñación y las historias de Varda Elbereth. Tres jornadas le había llevado, con sus paradas y preguntas; su mente era aguda, incisiva y escéptica por naturaleza, cualidades enormemente apreciadas por Eldandur; más de lo que se lo decía. Ahora reclamaba ella su premio: Tarannon debía dedicar sus días a la práctica del arco hasta que acertase en un árbol que debían todavía definir si estaría a veinte o veinticinco pasos.

Fue así que aquella tarde encontró a Eldandur solo en lo alto de la torre, aproximado el anochecer. Y fue así que recibió de un guarda el aviso de la llegada de un viajero, alguien que ya había estado allí meses atrás, el año anterior. Mientras bajaba las escaleras, necesitadas ya de la luz de las teas que pendían de las paredes cada diez escalones, se dio cuenta de que estaba en cierto punto nervioso; el conocimiento que había adquirido, el saber que ahora poseía, no era comparable, y estaba seguro de ello, a ninguno existente en toda Elenna.

Se repitió la escena de la primera visita, con el viajero de ropajes oscuros y voz sugerente adentrándose en la sala con cierto sigilo y seguridad para detenerse frente al

señor del Sorontil, ahora entre dos sillas vacías. Ambos inclinaron sus cabezas a modo de reverencia, notoria pero no excesiva ni adulatora.

-Mi señor –comenzó el recién llegado-; en buena hora este reencuentro.

-Con el mismo deseo os recibo –correspondió Eldandur.

-Aquel a quien sirvo os envía de nuevo sus respetos y saludos, confiando en que el presente que os hizo llegar haya resultado de provecho –mantenía en aquel rostro la sonrisa perenne, dura.

-Podéis decir a vuestro señor que la lectura de ese texto ha resultado... reveladora... excitante... y enormemente provechosa –Eldandur hizo una pequeña pausa en cada palabra, tratando de escoger con cautela el contenido de su mensaje-. Y bien me gustaría corresponder con él, aunque ante tamaño obsequio creo que poco puedo ofrecer a no ser una recopilación de mis reflexiones, tratando de compartir yo también mi conocimiento –y acercó al visitante el pequeño y austero cuaderno que había ido compilando en los últimos tiempos.

El enviado negó suavemente con la cabeza, mientras recogía el presente con expresión de sosiego y gratitud.

-En modo alguno era necesario, mi señor; pero mi amo estará más que satisfecho por poder conocer vuestros pensamientos y reflexiones.

»Vuestra confianza le honra; así me lo ha transmitido. Y para reforzar esta alianza con uno de los mayores sabios de Númenor me ha enviado nuevamente.

Abrió su capa ligeramente y dejó ver bajo ella, colgando cruzada del hombro, una bolsa de cuero como de dos cuartas. Con pausa cuidadosa metió en ella el cuaderno y extrajo otro objeto. Se trataba de una bolsa, del tamaño de un puño, también de cuero, negro, atada en su extremo superior.

-Insiste todavía en mantener su anonimato, entiendo.

El heraldo no dio muestra de sorpresa alguna; evidentemente esperaba aquella pregunta.

-Así es Eldandur, señor del Sorontil, y soy yo su voz. La discreción es un bien apreciado en estos tiempos. Lejano, polvoriento y ácido es su reino, pero suyo al fin y al cabo, recluso a veces por hostigamiento; pero no siempre será así –aunque su sonrisa no desapareció su mirada tomó fugazmente un tono cruel, y un velo de sombra atravesó leve pero inquietante la estancia; recuperado, continuó-. Y de esta manera me envía a traeros un nuevo presente que selle vuestra amistad y como compensación por vuestra comprensión.

Dando nuevamente un paso se acercó al estrado y entregó a Eldandur la bolsa. Éste, recostándose, la abrió con cuidado, mientras la piel crujía entre sus manos; de su interior emergió un olor fuerte y penetrante. Le dio la vuelta, para vaciar el contenido en su mano y de ella cayeron tres hojas color verde oscuro, más cercanas al negro que al verde, suaves al tacto.

-Nadie en toda Númenor ha visto jamás esta planta; probablemente muy pocos tienen noticia de su existencia. Mi señor os envía hojas de un arbusto conocido como *sharkû*, el viejo –Eldandur levantó la vista hacia el emisario– pues allá de donde venimos nadie recuerda su edad. Muy pocos nacen, entre roca y piedra candente, entre yermos y montañas, y de ellos menos todavía llegan a crecer.

Sharkû; Eldandur desconocía aquella lengua, pero sonaba dura y áspera al oído, sonido de dudas, de dolor y guerra.

-Agradezco el presente, aunque no es ésta tierra de agricultura o especias –respondió intentando ser amable.

-No mi señor, no es para plantar, ni para aderezar alimentos. Las hojas de *sharkû* tienen otra utilidad, otro poder; sólo grandes y poderosos señores consiguen desatar las propiedades del viejo. Y es así que mi amo os envía las mejores hojas de los últimos tiempos.

Eldandur volvió a mirar las hojas en la palma de su mano; realmente, la planta se retorció como si un sufrimiento le atenazase, con formas rudas y secas. El emisario continuó.

-La hoja de *sharkû* espolvoreada sobre un lugar especial es capaz de llamar a los recuerdos, de traerlos de nuevo al presente, tal es su poder. ‘El viejo’ recupera para aquel que tiene la fortaleza para usarla su vida pasada, sus momentos, y se los ofrece de manera tan vívida que las fronteras se hacen transparentes.

Eldandur no pudo evitar sonreír.

-También aquí tenemos plantas de este tipo.

-No me entendéis mi señor –interrumpió con cierta rudeza la Boca de su Amo-. No se trata de una fantasía o ensoñación, no de ardides o engaños... se trata de vencer al tiempo, de vencer al espacio y al olvido, de recuperar lo perdido –empezó a retirarse lentamente-. Y es así que mi señor quiere entregaros este don para profundizar en su conocimiento y el vuestro, para que el guardián del Sorontil aumente en su saber para beneficio de vuestra alianza.

-¿Ya os marcháis, nuevamente? –preguntó Eldandur, en este caso con más alivio que deseo de retener, pues aquella conversación se había tornado inquietante.

-Sí, otros quehaceres me aguardan, pues tal es la voluntad del que me envía. Que este presente refuerce los lazos que os unen y sea de provecho para el saber de los Hombres. Viene también con una advertencia, pues únicamente las voluntades más fuertes son capaces de dominar su hechizo; utilizadla pues con sabiduría.

»Vuestras anotaciones serán entregadas en mano mi señor –añadió llevándose la mano a su bolsa y con una inclinación de cabeza.

Y, tal y como había llegado, se fue: en un silencioso susurro sibilante, dejando tras de sí más luz, como si una sombra se hubiese retirado y el velo de una noche oscura se desvaneciese.

Eldandur volvió a meter las hojas en la bolsa; habladurías, supercherías de pueblos seguramente bárbaros, pensó... pero recordó entonces el Minal-târik, recordó las estrellas claras y brillantes, las sensaciones de poder, de crecimiento, la magia inherente a aquellas páginas de saberes antiguos ya olvidados y ahora traídos nuevamente al recuerdo por una mano invisible.

...

El recuerdo. El recuerdo de Mel-Silmë, la claridad de su voz como una mañana de primavera, alegre incluso en la tristeza, presente incluso en la ausencia de sus noches más oscuras, cuando el precipicio de su soledad se hacía más profundo y era su mano suave la que lo acariciaba y le decía “tranquilo”. El recuerdo. Eldandur notó el cosquilleo de una lágrima corriendo mejilla abajo, ínfimo torrente de añoranza. Sólo concebía una forma de comprobar los poderes de *sharkû*, el viejo.

El señor del Sorontil dejó pasar los días. Nada dijo a Tarannon ni Andunë, temeroso de su reacción, de que intentaran impedirselo, o de que quisieran probarla ellos mismos, o quitársela... ¡o qué sabía! Temeroso, simplemente. Aquella era la forma de vencer a la muerte, de sacar del letargo al amor antaño luminoso, de desvanecer las sombras ante sus propios ojos. Maldita muerte; maldita vida larga la que les habían concedido los Valar para arrebatársela al fin y al cabo, mientras los Primeros Hijos pasaban por las Edades del Mundo como una pluma llevada al viento, suaves y despreocupados.

Nada les dijo a sus hijos siquiera de la venida del emisario; aprovechó en vez de eso los juegos y competiciones, habida cuenta de la necesidad de tiempo en Tarannon

para formarse en la arquería, para triturar cada una de las hojas de *sharkû* hasta verlas reducidas a polvo y meterlo en una bolsita de terciopelo del color del ámbar; una bolsa que guardó en lo más hondo de su cámara personal, a buen recaudo de miradas e intereses de los que se mantenía receloso.

No le costó reunir el valor para utilizarla. Avanzaba la estación, ya próxima al estío; los días eran claros, luminosos, largos, y las temperaturas cálidas para lo que era el norte. Pero a la cripta la luz nunca llegaba, sumida siempre en la penumbra centelleante y danzarina de las teas en los muros; húmedo el aire, pesado, penetrante.

Los pasos resonaban con un eco sordo. Mientras se acercaba al mausoleo, Eldandur observaba el semblante claro, pétreo, sosegado de Mel-Silmë, despreocupada y apacible frente a sus intrigas. Y le temblaba ligeramente la mano, pues resonaba en su cabeza la advertencia final “utilizadla pues con sabiduría”. ¿Era aquello sabiduría? ¿Era aquello conocimiento? Realmente no le importaba lo más mínimo. Debía de buscar un lugar con significado y no había otro con más significado que aquel para Eldandur de Forostar.

Tras un leve instante de contemplación, esa mano temblorosa espolvoreó parte del contenido de la bolsa, un polvo oscuro y de olor penetrante, por encima de rostro y el cuerpo cincelados de Mel-Silmë; los pequeños trocitos de planta se depositaron suavemente sobre la piedra, moteando de oscuro el gris. Dio dos pasos atrás, como queriendo ver en perspectiva lo que ocurría, lo que iba a ocurrir; y esperó... y un poco más... y no ocurrió nada. En gesto de muda tristeza dejó caer su cabeza, con media sonrisa ante lo que veía su propia estupidez, su credulidad.

Dio vuelta sobre sus talones y comenzó a retirarse cabizbajo... cuando una suave brisa lo recogió desde su espalda, alzó sus ropas y removió sus cabellos. Un leve susurro pareció recorrer los muros, cada piedra, cada grieta con un leve lastimero lamento que ululaba casi imperceptible. Eldandur se giró y vio tras de sí cómo el polvo de *sharkû* se elevaba en torbellino, torrente informe, sobre la efigie de Mel-Silmë. Pero no sólo eso, sino un fondo azulado que tamizaba todas y cada una de las formas que veía ante sus ojos; el torbellino fue tomando forma pronto y cada jirón de luz se aposentó suavemente en una figura que conocía muy bien.

Le miraba a los ojos. Ella. A sus ojos. Y era lo que recordaba. Era pureza, era pasión, era ternura, era una belleza que haría palidecer a cualquiera de las valier. La dulzura de la mirada que clavaba en él le partió en dos, visión anhelada desde tiempo atrás, desde que una oscura tristeza había campado a sus anchas.

-¿Por qué solo? –preguntó-, ¿por qué lo único que me queda es tu recuerdo?

Mel-Silmë agitó suavemente la cabeza negando, removiendo sus cabellos, translúcidos y transparentes, al igual que el resto de su figura en aquella ensoñación. Se llevó las manos al pecho y se las ofreció con una sonrisa. Pero Eldandur ya no alcanzó a verlas, pues empezaron a desaparecer, con el mismo viento que la había traído. Con toda la rapidez con que le fue posible espolvoreó sobre la imagen otro pellizco del preparado; ahora casi al instante la imagen se tornó nítida y bella como nunca antes la había visto. Llevaba un vestido largo de color oro, con mangas blancas largas hasta más allá de las muñecas, cubriendo parte de sus manos, y con ribetes dorados en el cuello.

Se aproximó, intentando tocarla, pero ella, sin perder la sonrisa, dio un paso atrás; si es que estaba caminando. No era capaz apenas de articular palabra; sólo la miraba con ensoñación.

-¿Todavía me amas? –acertó a preguntar.

Ella arqueó las cejas y asintió con un velo de tristeza; o eso pareció a ojos de Eldandur, pues realidad, sueño y recuerdo se confundieron en aquel momento atemporal que no sabía si estaba durando instantes o años. El rostro de Mel-Silmë volvió a transparentarse levemente, empezando a desaparecer. Torpe, Eldandur, encogido el corazón, agito la bolsa que llevaba entre las manos, dejando salir en todas direcciones el poco polvillo de *sharkû* que quedaba. La imagen se intensificó levemente, pero no como antes; quedaba poco. “¡No!” gritó repetidamente el señor del Sorontil, dejándose oír en lo más profundo de las entrañas de la tierra.

Mel-Silmë hizo un gesto tranquilizador con el brazo. Eldandur pareció quedar mudo. “No me dejes...” alcanzó a balbucir. Pero Mel-Silmë ya era apenas visible, y aun así su sonrisa presidía toda la estancia, feroz entre tinieblas. Mas su voluntad nada podía en aquella magia, en aquel hechizo del espíritu. Y ella como vino... se fue.

La estancia pareció menguar y era todo ya más frío y seco, muerto. Y Mel-Silmë volvía a ser de piedra, horizontal, inerte, inexpresiva más allá del cincel y las manos del artista. Y cayó sobre los hombros Eldandur el peso de la tristeza renovada; ya para siempre.

-Namarië, valië –susurró.

EL MAGO DE NÚMENOR

Desde aquel día la pesadumbre hizo mella en el señor del Sorontil, momento tras momento, día tras día, consciente de que por un instante había conseguido vencer a la muerte. Sueño o realidad, recuerdo vívido o renovada aparición, no era capaz de distinguirlos; y era aquel su tormento, junto con la seguridad de que el abismo del espacio y el tiempo se había abierto de nuevo con la caída del último polvo de *sharkû*.

Ensimismado en sus quimeras, su carácter empezó a volverse más taciturno si cabe, encerrado en la torre sin desear ni necesitar compañía alguna, mascando su propia tragedia. La imagen de Mel-Silmë había dejado paso al musitar entre dientes y maldecir por la necesidad de la muerte y el castigo que de la larga vida de los dúnedain, para regocijo de Andunë que veía cómo su padre la escuchaba cuando traía noticias de Armenelos o de Rómenna.

A mediados de verano el cambio en la persona de Eldandur era bastante notorio; no apagado sino encendido como llama, pero quieto, sosegado y de mirada dura. Sus ropas eran cada vez más oscuras, con camisas y túnicas marrones y negras. No había vuelto a bajar a la cripta y las estrellas habían perdido para él su interés más allá de extraerles toda la magia. Repasaba nuevamente el Minal-târik. Las ideas, de todo tipo y condición, algunas con más sentido que otras, bullían por su cabeza, donde reposaban noche tras noche, en momentos de agitada vigilia. Era a Tarannon a quien más preocupaba, consciente de la distancia que su padre estaba poniendo con el mundo, mientras Andunë lo veía con más satisfacción, como signo de fortaleza.

Un mediodía caluroso, los tres a la mesa, con los campos afuera en su esplendor y el sol entrando a raudales, el joven no pudo contenerse.

-Padre, necesitáis descanso –comenzó, como no dando importancia.

-Ya tendré tiempo de descansar –intentó zanjar, seco.

-Lleváis un tiempo ausente, diferente... extraño. Ya no os veo en la torre; ya apenas me dejáis entrar, y tampoco bajáis a la cripta.

-No creo que nada de eso te incumba, Tarannon. ¿Quieres los libros? ¿Quieres el saber?

-No, *adar*; te quiero a ti. Y me preocupo...

-Te preocupas –interrumpió con gesto cruelmente divertido-; no te preocupes tanto, pues el final será siempre el mismo: la muerte.

-Pero es importante lo que hacemos mientras, padre.

-¿Seguro hermano? –interrumpió Andunë-. ¿O es una mera migaja de la mesa de los Valar? Ficticia ocupación que nos imponen mientras nos alejan de las Tierras Imperecederas.

-Reservadas a sus fabulosos Primeros Nacidos –completó Eldandur tras un sorbo a su copa de vino-. Y nada para los Segundos.

*» Espíritu frío, en hora muerta
recibe el viajero la salida sombría,
para darse cuenta de que el camino,
el sendero yermo que recorría,
no trae sino tristeza profunda
que se hace fuerte en días aciagos.*

-Versos oscuros en los que no te reconozco –replicó con pesar Tarannon-. La Guerra de la Cólera...

Eldandur golpeó la mesa, mientras Tarannon abrió los ojos sorprendido por una reacción que veía desmesurada.

-¡No me hables de la antigüedad! ¡No me hables de los Valar, de sus guerras y triunfos y derrotas pues bien conozco esas historias! Estirpes malditas en la tierra de los Hombres mortales, debieran ser –su gesto era de profundo desprecio-. Y reyes de Númenor vergonzantes de cabeza gacha y espíritu servil.

-Abre los ojos, hermano –intercedió Andunë. Aquello había dejado de ser una comida.

-Si madre...

El gesto de Eldandur se encendió todavía más.

-¡No hables de tu madre! ¡Pues yo mismo la he visto ante mis ojos! –tanto Andunë como Tarannon se quedaron mudos-. Magia, magia oscura pero sincera, magia que me la ha traído de vuelta por unos instantes, para arrebatármela de nuevo para siempre y recordarme mi propia muerte que se acerca.

-¿Cómo es posible? –interpeló Andunë.

La voz de Eldandur recuperó una serena e inquietante compostura.

-¿Acaso el padre ha de rendir cuentas ante sus hijos? –su voz era ahora queda, y no dijo más.

Aquella conversación lo cambió todo. El aire enrarecido de aquella torre, de aquel castillo, antes fresco de salitre, espuma de mar y océano, de bosques y praderas, de montaña y estrellas, se tornó ahora en viciado, en vapor infecto de pensamientos oscuros. El silencio se fue apoderando poco a poco de ellos, de todos; los guardas, los miembros de la casa, en las cocinas, en las caballerizas... todos y cada uno percibían, sufrían y se contagiaban del ambiente decadente del Sorontil.

El primer día de otoño, con las laderas de la montaña alfombradas nuevamente de toda gama de ocres crujientes y las copas a medio sacudir, Eldandur reunió a sus hijos en la sala de audiencias. Aunque la circunstancia parecía extraña Tarannon esperaba poder acercarse de nuevo a su padre.

El señor de Forostar estaba sentado en su silla. Las dos sillas de los lados, las de sus hijos, habían sido alejadas aumentando el efecto de su figura solitaria, dura.

-Nos han ninguneado –comenzó, sin tregua-, nos han ofrecido regalos ponzoñosos, como la larga vida con que los Valar nos dirigen, vetan y recluyen. Hacen y deshacen a su antojo, mientras nosotros, hombres y mujeres, poco podemos intervenir en un destino marcado por la tragedia, marcado por la senectud y la muerte.

»Nos hablan de saber, de conocimiento, pero el verdadero saber se nos oculta más allá de nuestras posibilidades. Sus ciencias antiguas, sus palabras y tradiciones olvidadas, escondidas, trampeadas como a un torpe...

Tarannon y Andunë observaban inmóviles; el uno con temor, la otra con el ánimo inflamado.

-Pero no será así siempre –continuó-; el rey, Tar-Ancalimon, ha abandonado las lenguas élficas. Númenor empieza a revolverse. Y el Sorontil no será menos.

»Pues ningún Eldandur, *servidor de estrellas*, regirá a partir de hoy la torre y el observatorio de Tar-Meneldur; ya no existe ese nombre, sino Zigûr Adûnâimô, mago de los numenoreanos.

Tarannon sintió un triste peso sobre sus hombros que le hizo inclinar la cabeza con desazón. “Padre...” intentó razonar; pero un gesto seco le cortó al instante. El caso de su hermana era diferente y en su mirada se reflejaba una desmedida alegría ante lo que consideraba una reacción justa. Había esperado aquello mucho tiempo.

-Si tal es la voluntad de mi padre será así la de su hija; pues ya no será ésta Andunë, sino Agâninzil, flor de la Muerte, pues algún día verán los dunedain cumplido su deseo de inmortalidad, junto con los Primeros Nacidos.

Zigûr Adûnâimô asintió levemente con la cabeza antes de levantarse; tampoco parecía complacido sino ausente, alejado de todo aquel entorno cuya importancia le era ya muy relativa. Salió por la puerta lateral mientras Agâninzil lo hacía por la principal. El eco de los pasos de ambos se entrecruzaba cuando ya habían salido, retumbando levemente por las esquinas de la estancia; en ella, solo, permaneció Tarannon Elendilenna, sin otra compañía que su propia congoja, mientras observaba en las paredes las escenas de otro tiempo.

LA LLEGADA DEL ANILLO

Los tiempos se iban tornando oscuros en toda Númenor, de manera lenta, pausada, pero claramente perceptible. En aquel año 2221 de la Segunda Edad el reino estaba empezando a dividirse entre los Hombres del Rey, seguidores de la tradición de los dúnedain, y los llamados Fieles, amigos de los elfos. De la vieja costumbre y lengua élficas quedaban únicamente los nombres de los monarcas, temerosos de que la desgracia se abatiese sobre ellos y los suyos si los abandonaban; pero poco más.

Mientras, allá en el norte, el invierno pasaba duro, frío y, sobre todo, silencioso. Era año de nieve abundante y copiosa; y la nieve trae consigo una magia diferente que silencia todo, que amortigua los sonidos del bosque y de los pocos animales que resisten a la estación más allá de sus guaridas calientes y repletas de provisiones. Silencioso fuera y dentro de la torre del Sorontil. La distancia se había cimentado con los días y las noches, y Zigûr Adûnâimô no hacía sino indagar en la magia antigua; continuaba buscando las estrellas, mirándolas de una y otra posición, pero su interés era ya totalmente diferente. Encerrado en el observatorio era el poder oscuro lo que buscaba, el conocimiento de los saberes olvidados y casi prohibidos, el camino para vencer a la propia Muerte. Sus hijos no eran capaces de influir en su voluntad: Tarannon hacía tiempo ya que había dejado de intentarlo y era él quien ahora, en ocasiones, bajaba a la cripta y hablaba a solas con la efigie de Mel-Silmë; Agâninzil simplemente iba y venía, con cada vez más largas salidas a los caminos, a las ciudades, a los puertos, regresos fugaces y miradas sombrías.

Fue una lechuza la primera que vio venir el peligro, que sintió, allá arriba, la venida de algo que no había llegado nunca al norte. Y salió volando, mientras pensaba “esto no va a traer nada bueno”. Abajo, en el camino, un viejo conocido de la fortaleza regresaba a paso lento de caballo, dejando huella de sus pisadas en la nieve, viajero y emisario sin nombre de ropas negras y semblante turbio.

La sala de recepciones estaba fría, gélida, sin poder decir si era el invierno que colaba ecos de sus ventiscas por las rendijas de los muros o era el recién llegado, helados su espíritu y presencia. De alguna manera, el señor del Sorontil había percibido que se acercaba, un presentimiento, una intuición, y estaba ya aguardando sentado.

Había dado instrucciones a la guardia de que no le molestasen y que detuviesen a quien quisiese entrar en la estancia.

Enfrentados el uno al otro no eran tan diferentes en esta ocasión. Los dos de ropajes pardos, nocturnos, apagados, los dos con una llama que consumía su interior. Los dos con mirada dura.

-Os veo cambiado, mi señor –inició el recién llegado la conversación-.

-He cambiado, emisario; he visto cosas, sé cosas, he experimentado cosas.

-Para vuestro bien y el de los vuestros, espero.

-Está por ver.

Siguió un tenso silencio pero tras la pausa el heraldo continuó como si las frases anteriores no hubiesen sido intercambiadas con tirantez.

-Nuevos saludos os traigo de mi amo, con el agradecimiento por vuestras anotaciones acercad el *Pilar del Cielo*. Me transmite el enorme interés de vuestras ideas y lo sugerente de algunas de ellas. Valora en extremo grado vuestra sabiduría y lamenta enormemente que en toda Númenor no se pongan a vuestros pies libros y textos, conjuros y tradiciones.

-Adulador en extremo, creo; pero os lo agradezco –su mirada era descreída; por fin, se atrevió a hacer la pregunta que le quemaba en los labios, sin poder evitar un gesto nervioso con las manos-, ¿traéis más hojas de *sharkû*?

La Boca de su Amo, de piel fina y blanca como la nieve, amplió su sonrisa, consciente de que aquella conversación transitaba por los caminos que se le habían marcado.

-Lo lamento, mi señor. Poderosa es la hoja del ‘viejo’, pero casi única en su especie y difícil de conseguir. Me temo que hasta dentro de mucho tiempo no habrá otro arbusto que emerja de la roca candente y nos nutra de sus propiedades –la decepción se hizo evidente en el rostro de Zigûr Adûnâimô-. Espero que su uso os haya reportado conocimiento y paz.

-Conocimiento alguno; paz, poca –respondió, oscuro.

-Lamento escuchar eso, aunque si alguna voluntad puede sacar beneficio de la experiencia a buen seguro será la vuestra –el señor del Sorontil iba a responder, pero su interlocutor no le dio ya pie, continuando-. Mi venida responde a un tercer envío, el último ya, pues así se me ha transmitido.

Zigûr Adûnâimô se irguió levemente en su asiento, interesado por el evidente cambio en los acontecimientos.

-Mi señor considera vuestra amistad sincera y que el provecho para ambos será pronto evidente. No hay para él otra manera de sellar definitivamente vuestra alianza que con el presente que porto –dijo mostrando una pequeña caja de madera que había tenido en su mano todo el rato-. No se trata de textos, no de hojas ni conjuros sino, y por mis palabras habla mi amo, del propio poder de Hombres y Elfos contenido en un objeto.

Mientras abría lentamente la cajita la sala entera, ¡la torre misma!, pareció contener la respiración. Y, por un momento, toda luz pareció desaparecer para Zigûr Adûnâimô, toda figura, todo sonido, todo en derredor, y sólo estaba el objeto que se le mostraba. Un anillo. Los ojos se le llenaron de su imagen y fue un movimiento del emisario para acercarle la caja el que le sacó del ensueño.

El mago de los numenoreanos no la cogió, sino que tomó de ella el anillo. Tocarle fue como una sacudida suave a su espíritu, una sensación extraña, que jamás había experimentado, en ninguna otra situación. Yaciendo en la palma de su mano veía que era de factura hermosa y fina, de oro, o dorado cuando menos, ya que aquello parecía más que oro. Engarzado llevaba una piedra oscura, de color terruñento y brillante en función de la luz. Sin decoraciones, sin repujados, sin estrías ni labores. Bello como la luz del sol en el atardecer.

-Mi amo, señor de muchos anillos, os envía uno de los más apreciados para él – realmente Zigûr Adûnâimô se había olvidado de su interlocutor-. Un anillo que los propios Mírdain antes de su caída forjaron, con ayuda de los saberes de los Hombres y los Elfos, por mano de la propia casa de Fëanor. Hermano de otros, el poder de este objeto trasciende tiempo y lugar, transformará vuestro mundo y a vos mismo; tal es la estima que os tiene Aquel que me envía.

-Agradecedle enormemente su atención y confirmadle mi disposición –el antiguo *servidor de las estrellas* veía únicamente magia, conocimiento, quizá incluso vencer a la Muerte... poder.

-Cuidaos nuevamente –advirtió- pues sólo en manos de grandes señores pueden estar tales joyas revestidas de magia. Y no seréis el único que lo anhele –la ponzoña de aquellas palabras fue escuchada, pero apenas suscitó reacción alguna.

Cuando Zigûr Adûnâimô alzó la vista era ya el único en la sala; y ni siquiera podía decir cuánto tiempo había pasado. Un rato, una hora... Sin perder tiempo subió a lo alto de la torre con pasos largos, escalones de dos en dos, casi a trompicones, cerró

tras de sí la recia puerta de madera con cerrojo y tranca, dando lugar a un sonido metálico estridente y apurado, y salió al exterior.

La historia de los anillos era incierta. Hacía no demasiado, y había crónicas que todavía lo referían, la pugna por los anillos de poder, joyas forjadas con poderes élficos, había devastado Eregion, reduciendo algunas de sus principales ciudades a cenizas. Los anillos desaparecieron y sólo algunos fueron recuperados, bien por elfos y hombres bien, según los textos, por el ejército oscuro del Este. Zigûr Adûnâimô sabía con relativa certeza de dónde procedía aquel anillo; aunque aquel que se decía Amo había desaparecido hacía más de quinientos años. Ecos oscuros de devastación y horror.

Y aun así, allí estaba; bajo el cielo del invierno. Alzó la vista; las nubes tenían un brillo claro de fondo, casi translúcido, y con cada respiración despedía una vaharada cálida. Llenó su cuerpo de aire, frío, helado. Iba a nevar; y sería pronto. A sus pies las laderas del Sorontil y al frente, a poca distancia, los acantilados batidos por la inclemencia rítmica del mar golpeando insistente sobre las rocas como martillo sobre yunque de forja.

Pero ante él se abría otro desfiladero, más profundo y afilado. Si la Sombra del Este le había enviado aquel regalo, nada bueno se podía esconder detrás. Aunque... ¿nada bueno para quién? Hasta ahora le había ayudado, le había abierto esferas del conocimiento que ni imaginaba, había confiado; y su oposición, de ser cierto lo leído, había sido siempre contra la traición y tiranía de los Valar.

Como antes del salto de una alta roca, como cuando se tiraba de joven al mar desde los acantilados, todo se detuvo; y escuchó el silencio, y vio el aire, y sintió la tierra... sostuvo el anillo... y se lo puso en el dedo índice.

Una sacudida pareció sacarlo de aquella tierra, de aquel lugar, y aunque seguía allí ya no estaba allí. Aquello era otra cosa. Todo a su alrededor se descomponía en luces y sombras, en jirones de imágenes que guiaban su vista de un lado a otro, percibiendo sin percibir, viendo sin ver. La sensación de poder, de estar ligado a los saberes antiguos desde la creación del mundo, desde Ilúvatar, era inimaginable. Sin saber por qué, el pensamiento en Ilúvatar le hizo sentir una punzada en lo más hondo.

Se giró y observó su entorno, igual, diferente, brillante y oscuro al mismo tiempo. Ante él estaba no sólo lo material, sino que también emergían sentimientos, recuerdos, ensoñaciones existentes de otros, ya vivos, ya muertos. El sol, aun a través de las nubes, le incomodaba, y entró en la fortaleza. Abrió las puertas y bajó las escaleras;

allá por donde iba parecía sentir lo inmaterial, ver la esencia de todo y de todos. Y sin embargo, aquellos con quienes se cruzó no parecieron notar su presencia. Salió, pues, sin ser visto. Y el bosque había cambiado, con la pesadumbre del sol sobre su cabeza, empujando y molestando. Ya no eran tocones y hojas muertas, ya no ramas desnudas y nieve, ni piedras y caminos; era pasado en el presente, era vida y muerte, eran sonidos de otro tiempo que ahora se mostraban ante él, haciendo material lo inmaterial, haciendo visible lo invisible, entre jirones de luz oscura. Y por encima de todo, aquel sentimiento de poder, de gobierno de las cosas.

Volvió a entrar en la fortaleza, y se perdió Zigûr Adûnâimô en la torre; y no se quitó el anillo. Leía palabras con otros ojos, veía estrellas con otra mirada, veía cosas que jamás había visto. Se dio cuenta de que el sol no le agradaba y que era por la noche cuando más se agudizaba su nueva visión, su percepción del todo. Permanecía de pie afuera e intentaba ver más allá de la distancia, sentir, olfatear los sentimientos y olisquear las decepciones, la alegría y la tristeza... Se sumió poco a poco en un retiro de concentración, de observación, de contemplación del mundo que le rodeaba pero que ya no era el mismo. Al poco, había pasado una semana y simplemente había ido a las cocinas un par de veces para tomar algo de pan y queso... pero la comida había perdido su sabor. Quitarse el anillo era cada vez más doloroso y difícil, no porque no pudiese sino porque no quería.

Descubrió que podía sentir lo lejano, cada vez más lejano; primero la torre, luego el bosque, luego los caminos, y susurraba a las figuras que encontraba y veía, susurraba y provocaba temor, pánico, en aquellos que se creían solos. Perdió entonces la noción del tiempo, desconociendo cuánto llevaba realmente encerrado aquella estancia, pues dejó de comer: no lo necesitaba. Y buscó en el mar, forzó sus capacidades hasta la extenuación, hasta el dolor físico, intentando ver y llegar a las Tierras Imperecederas.

Una noche, una noche clara de invierno, bajo el blanco y luminoso manto que era ahora el cielo, mientras escudriñaba en la distancia el mar y su horizonte, un sonido a su espalda lo hizo girarse. No era una forma, no era una figura, era como un sonido, una voz penetrante, ardiente y dura, bella y grave, que venía del Este y que poco a poco se fue haciendo más clara. Decía su nombre.

-Zigûr Adûnâimô... Eldandur... Señor de Númenor... Al fin nuestro encuentro... Pronto será completo...

Nada más se dijo pero el mensaje no fue olvidado, sino que se grabó a fuego. Y poco a poco en su cabeza echó raíz una necesidad a cada momento más acuciante: saber del Señor de Anillos y recibir las órdenes del Este.

Fue el golpeteo incesante en la puerta el que lo sacó de su letargo. Se acercó, recordando que allí había otro mundo, tangible, y se quitó el anillo antes de abrir. Odiaba quitárselo; todo era más gris entonces, débil, vulgar, moribundo. Las cosas, eran sólo cosas, objetos, visibles al alcance de cualquiera.

La imagen de sus hijos al otro lado de la puerta le devolvió definitivamente a su realidad.

-¿Y bien? –preguntó impaciente.

-Ha... hace semanas que no hablamos, padre –comenzó Tarannon-. Estamos preocupados.

-¿Es eso? Tranquilos, tranquilos –intentó dulcificar su gesto-, pues me encuentro mejor de lo que he estado en mucho tiempo.

-Estáis pálido –terció Andunë-Agâninzil-, y parecéis cansado.

-He trabajado mucho en los últimos tiempos –justificó.

-Padre, hace días que no salís de la torre: cinco, diez...

-Tengo un nuevo presente de nuestro amigo del Este; algo que hará cambiar todo. El Sorontil, Forostar, Númenor... todo.

Se echó hacia atrás, permitiéndoles la entrada consciente de que poco tenía ya que temer. Sus miradas eran de incredulidad cuando les mostró el anillo.

-¿Ha vuelto, entonces? –preguntó Tarannon.

-Dos veces más desde aquella primera –respondió el señor del Sorontil.

-¿Dos? ¿Por qué no nos has dicho nada, *ada*?

Zigûr Adûnâimô rompió en enojo.

-¿Acaso un señor de Númenor os debe explicación? ¿Acaso el mago ha de aclarar sus actos? Dejad en paz los reproches, niños. Esto os supera.

-¿Qué es, padre? –preguntó Agâninzil con la vista fija en el anillo.

-Es poder –respondió como entrando de nuevo en una ensoñación; quería ponérselo con toda su voluntad-; es saber antiguo, hija, y quizá, sea vida y muerte.

Deslizó de nuevo su dedo dentro del anillo y todo volvió a cambiar. Sus hijos, frente a él, ya no eran sus hijos, sino dos figuras luminosas, centelleantes en medio de la oscuridad, reconocibles pero distorsionados. Olisqueó el aire y olía a miedo, a miedo,

temor y a deseo oculto. Los ojos de los hijos de Eldandur se abrían incrédulos, pues no veían ahora a su padre, y miraban a todas partes; Tarannon con angustia, Agâninzil con diversión.

-Y ahora fuera –dijo sacándolos de la estancia a empellones-. Que nadie me moleste; para nada.

El sonido del cerrojo produjo en sus oídos una especie de eco sordo, como amortiguado.

Salió al cabo de un tiempo nuevamente de la torre para recorrer la fortaleza; buscaba ahora algo diferente. El recuerdo de Mel-Silmë le atenazaba, presente desde el momento mismo en que viera el anillo. Y la buscaba, recorría pasillos y estancias, salas compartidas antaño entre risas y canciones, al crepitar del fuego en lectura de cuentos infantiles de los que quedaban simplemente los ecos de la tristeza. Ansiosa y llena de angustia fue su búsqueda, pero jamás volvió a ver a Mel-Silmë en esta tierra. En salas y salones, en la cripta, ahora trasmutada por la oscuridad, por la luz, por los sentimientos de pena y culpa que se agolpaban entre sus muros... vacío, siempre; sólo muerte le esperaba en ese recuerdo, consumido por el anillo.

Nadie en toda la fortaleza deseaba cruzarse con él, pues un sentimiento de terror lo perseguía e inundaba los lugares por donde pasaba. Con el paso de los meses, el personal se redujo, pues había historias murmuradas en secreto de ojos rojos que acechaban en la oscuridad, del señor del Sorontil pálido, evanescente salvo por su mirada. Tanto era así que a Tarannon le costó verle incluso sin el anillo; lo había buscado varios días, sin encontrarlo, hasta que por fin lo cruzó cerca de la sala de audiencia.

-Padre, oh padre... –se lamentó-. ¿Qué eres, ahora? ¿Quién te ha hecho esto?

La voz del servidor de su anillo sonó dura, despectiva, fuerte y sin sentimiento:

-¿El qué? ¿Más fuerte? ¿Más sabio?

-¿Es ésta la fuerza que buscabas? Vagas, cual espectro, produciendo temor a aquellos que te cruzas; no hablas, no comes... no vives, simplemente con tu magia antigua en la mano. Siguiendo a no se sabe qué poder...

-¡Déjanos en paz a mí y a mi poder! Débil, pusilánime...

-Elendilenna sigo siendo, *ada*; tal y como vos me nombrasteis. Para el amigo de las estrellas; ¿seguís siendo vos?

-¡Abandona ese nombre, esa vida, ese ser! –gritó; cada palabra élfica le acuchillaba y sus ojos se volvieron más rojos, incandescentes como fuego, de manera que Tarannon dio un paso atrás, asustado. Incluso Andunë-Agâninzil, que bajaba por la escalera atraída por las voces, percibió a medio camino el terror que infundía su padre, maravillada ella por aquel poder-. Deja de ser un esclavo...

-¿No eres más esclavo tú ahora? ¿Tienes acaso tu voluntad? Quítate el anillo padre; déjame...

-Vete –le interrumpió con voz suave, más aterradora si cabe que los gritos. Zigûr Adûnâimô escuchaba en su cabeza la advertencia del emisario negro “no seréis el único que lo anhele”, formándose la imagen de su hijo sentado en su silla, con su anillo, poderoso, mientras él se arrastraba por el suelo. La expresión de Tarannon se petrificó-. No quiero verte... nunca más.

-Padre.

-Abandona el Sorontil; abandona Forostar... para siempre.

Su figura emanaba odio, tristeza, dolor, algo que incluso los viejos muros, adoquines y bloques parecieron percibir, y las paredes se estrecharon, menguaron atenzadas ante la ira de su amo cuya figura parecía aumentar en tamaño y presencia.

-¡Padre! Con lágrimas regarás el anillo... –imploró. Pero el señor de aquel anillo no escuchaba ya.

-Toma lo que necesites y ve con tus amigos los elfos. La guardia te detendrá si te vuelve a ver. Adiós hijo.

Se puso el anillo y volvió a la sombra, a sus dudas y miedos, a la luz brillante de las tinieblas. Nunca más Tarannon Elendilenna volvió a ver en vida a su padre, Eldandur, señor del Sorontil, Ingolmo Meneldilon, hijo del Sabio de los Cielos.

El joven se sentía cansado como si hubiese vivido cien vidas, con el peso de la angustia sobre sus hombros. Cabizbajo y apesadumbrado se retiró a su estancia, sin poder evitar las lágrimas, pues su padre estaba muriendo ante sus ojos. Pero no podía acabar así; en algún lugar de Númenor o de Eriador estaría la ayuda, la respuesta a sus preguntas, la salvación para su padre.

Fue con este sentimiento que salió por la puerta de la torre del Sorontil cercano el mediodía, tomando aire y sintiendo un estremecimiento por abandonar su casa, su hogar, el de su familia... a su madre. Zigûr Adûnâimô ni siquiera se inmutó, en su cámara, solo, oteando mudo y quedo el horizonte.

Tras un rato de descenso, con el sol en un calentar agradable pero todavía no a plena altura, una voz familiar sorprendió a Tarannon a la espalda.

-¿Al sur hermano?

Cuando se giró vio a Andunë frente a él, con expresión entristecida pero dulce. Vestía de marrón oscuro, con calzas de cuero y el arco al hombro.

-Por ahora.

-¿Y luego qué?

-Alguien que me escuche –el rato de camino le había bastado para convencerse de que rendirse no era una opción.

-¡Déjalo hermano!, ven –le ofreció su mano-, vuelve y hablaré con padre; abraza esta causa que es justa y aprovechemos los regalos del Este.

-¿Es que no lo ves? ¡Nada bueno puede salir de ahí! Ninguna bondad cabe ahora en ese anillo o en nuestro padre. Y ni él mismo es capaz de escapar sin ayuda.

-¿Y eso buscarás? ¿Ayuda? ¿Traicionándonos? ¿Revelando todo a cualquiera? – se enojaba por momentos.

-¿Para eso has venido, hermana, Andunë?

-Agâninzil.

-Sí, Flor de la Muerte; ¿para eso, te digo? ¿Para que no revele a nadie qué ocurre en el Sorontil?

-Déjanos en paz –dijo con rabia.

-Nos veremos, hermana.

-Alto; ¡alto! –gritó.

Nunca un nombre fue tan apropiado. La punzada fue fuerte, seca, como un empujón; y vino a responder a aquel sonido sordo de una cuerda destensándose. La flecha le alcanzó en medio de la espalda, con tal fuerza y tan poca distancia que parte de ella salió por delante y Tarannon cayó en seco.

Mientras estaba en el suelo y la vista se le nublaba sólo podía pensar en su madre, en Mel-Silmë y en la felicidad de su familia en la infancia; en las mañanas frescas en primavera, con el olor del mar mezclado con el suave de los bosques.

Agâninzil se acercó con paso lento, mientras Tarannon se giraba, rompiendo la flecha en su espalda con una punzada aguda. Miró, desde el suelo, el rostro de su hermana, que se desvanecía por momentos. En un instante ya nada podía ver, y aquellos

árboles amortiguaron las últimas palabras susurradas al viento de Tarannon Elendilenna, con una sonrisa en los labios:

*Luz clara de día fresco,
llévame a los bosques del Sorontil,
deja estrellas y tráeme el día,
come, bebe y sé feliz.*

LA SOMBRA DEL ESTE

Poco remordimiento hubo en el mago del Sorontil por el destierro de su hijo. Apartó de su mente la imagen tan pronto pudo, absorto en las artes oscuras y el sentimiento que el anillo en su dedo le proporcionaba. Más lo hubo en su hija. Agâninzil se refugió en su cámara como nunca antes; pasaba días y noches en llanto, pensando en el cuerpo que había enterrado junto al camino, cubierto de tierra y helada. Al poco su rabia tornó como una veleta, dirigiéndose ahora a la propia Muerte y los Eldar, a los Valar, a quienes les habían condenado a aquella existencia de muerte y privación. Pero pronto pagarían, no cabía duda; pagarían por lo que le habían hecho a ella y a su hermano. Y dejó de ver la sangre de su hermano en sus manos, y el corazón se le heló, duro como la piedra.

La primavera no trajo luz. Brillaba allá en el cielo, pero parecía no calentar, no iluminar, huir de aquel lugar maldito, esquivar sus figuras y formas, rechazar al señor oscuro que vagaba por sus pasillos, que murmuraba y comenzaba a dominar a todo y a todos.

De los pocos que quedaban en la fortaleza nadie se atrevió a avisarlo cuando el emisario del Este llegó a la torre. Ni falta que hizo, pues su presencia fue percibida mucho antes de que llegase. En esta ocasión Zigûr Adûnâimô lo aguardaba de pie sobre el estrado de la sala principal; las sillas habían sido retiradas. Llevaba ropajes oscuros, una capa cerrada con capuchón y túnica de color negro, y al cinto una espada. Cuando el enviado estuvo frente a él la sonrisa sempiterna se borró de su rostro, consciente de que aquel no era ya el hombre manipulable que había conocido. Ahora su piel era nívea, casi transparente, hasta el punto de que en ocasiones parecía poder verse a través de él mismo y percibir los muros a su espalda. Sus ojos eran rojos como los carbones de las brasas; no inyectados en sangre, sino con un leve pero visible halo de luminosidad escarlata.

El recién llegado hizo una reverencia, ahora con verdadera humillación. Poco pareció importar al señor del Sorontil.

-Mi señor; un nuevo encuentro...

-¿Qué se ordena desde el Este? –interrumpió.

-El que me envía desea culminar vuestra alianza –continuó, consciente de que las tornas habían cambiado allí- dándoos a conocer su nombre. De muchos nombres es conocido, desde tiempo inmemorial, pues no pertenece a esta tierra sino a Valinor y al servicio de Morgoth. El Aborrecido le llamaban, insensatos; Annatar, Señor de los Dones es más apropiado aquí. Sauron, señor de Mordor, en cualquier caso.

-Ninguna nueva me traes, pues –su figura era intimidante, queda, muda casi, pero a su alrededor las sombras iban tomando forma. Y a pesar de ser visible el anillo estaba en su dedo, pues hasta ese punto estaba aprendiendo, doblgando y amaestrando ahora los dones que le habían concedido.

-Sí, mi señor. El amo del Este quiere reunir a sus generales; y como tal os considera. Os convoca pues a levante, a tierra de Mordor, en su torre de Lugburz que ha de ser reconstruida. Acudirán otros ocho grandes señores ahora a su servicio y mucho será revelado.

-¿Cuándo? –interpeló, lacónico.

-Os ofrece mi señor Sauron el tiempo que necesitéis. De su boca ha dicho “cuando estén preparados”.

El mago de los numenoreanos, servidor ahora de Mordor, ya no sólo no se despidió del emisario sino que ni siquiera aguardó a que saliese de la estancia, dejándolo allí solo, mientras él volvía a lo alto de la torre. La boca del Señor Oscuro, joven todavía, continuó con su infame peregrinaje por Númenor, buscando a otros dos grandes señores; trataba de probar así su valía para entrar al servicio de su amo. Abandona aquí la historia del Anillo de las Lágrimas y poco más se supo de él hasta la Tercera Edad.

Zigûr Adûnâimô, leve recuerdo ya del Eldandur de antaño, guardó en su torre sus recelos, mascullándolos para sí. Un encuentro; de generales; de la Sombra. Poco le quedaba a él allí, en Forostar, en la que había sido su tierra, su hogar y el de sus ancestros; pero aquel viaje tenía visos de ser un abandono definitivo, de traspasar una frontera de la que no había regreso. Se removían en su cabeza ideas y pensamientos: burlar quizá a la Muerte, renunciar a su herencia, a sus hijos –uno había alejado ya-, conseguir un poder más allá de lo imaginable, no volver a ver Númenor quizá... La duda le corroía mientras el mundo de las tinieblas comenzaba a ser ya suyo, a formar parte de lo más hondo de él.

Cuatro días permaneció vagando sin rumbo por los muros, adarves y pasos de guardia, para temor de aquellos que se lo cruzaban, o lo percibían, o escuchaban sus siseos en la oscuridad, con un sonido estridente en ocasiones que parecía sacado de una pesadilla.

Y en esta duda, buscó finalmente a Agâninzil para hablarle de su decisión. La encontró en su cuarto, encerrada. Cuando abrió el portón su deterioro era evidente; estaba delgada, casi demacrada, con ojeras que cubrían una mirada dura. Zigûr Adûnâimô recordó la felicidad de antaño, recordó a Tarannon y la dureza con que lo había tratado y una ola de arrepentimiento doloroso traspasó sus entrañas. Por vez primera desde hacía ya no sabía cuánto se quitó el anillo. Fue como si un peso apretase sus hombros, como una luz que se apaga; y todo era ingrato y marchito...

-Pasa, padre –ofreció Agâninzil apartándose de la puerta-. ¡Qué sorpresa! Tú, generalmente en otros asuntos.

Su tono era de evidente ofensa, pero su padre hizo oídos sordos.

-Esos otros asuntos te atañen ahora, hija.

El cuarto estaba desordenado; en el muro, colgada, una diana tenía varias flechas clavadas; ropas y ropajes pendían de mesas y sillas y, a pesar del frescor que entraba por la ventana, todo olía a culpa y dolor.

-Tú dirás.

-El señor de los dones, desde el Este, convoca a sus aliados a una reunión. Algo se prepara, y nosotros no fallaremos.

Agâninzil abrió los ojos con sorpresa.

-¿Te vas?

-No lo sé, hija. Si me voy, temo no volver; temo que las gracias que he recibido me aten para siempre. No volver a verte; ni a Tarannon –Agâninzil no demostró reacción alguna ante el nombre de su hermano, pero sintió una amargura aguda-. He pensado también en tu hermano ahora; quizá mi dureza fue excesiva; no lo sé.

-Era un débil; pero no es su culpa, sino de aquellos que nos han obligado desde el principio de los tiempos. Quédate padre.

-No creo que pueda.

-Eres Zigûr Adûnâimô, mago de los numenoreanos, gran señor de Forostar, guardián del Sorontil, vigía de estrellas; ¡claro que puedes!

-Este poder nos supera. Y yo estoy ya vinculado a él...

-No. Éste es tu lugar; ve si quieres, pero vuelve siempre.

-Tu hermano...

-Que él se las apañe con lo que se ha buscado. Ve si quieres; pero vuelve siempre –repitió-. No apartes de aquí tus conocimientos, tu magia, tu Anillo regado con Lágrimas.

-¿Eso te preocupa? ¿El anillo?

-No podemos, no debemos desperdiciar lo que puede ofrecerte. Vida, padre, quizá vida eterna, tú lo dijiste. No tener que enfrentar esa fría muerte que llevó a... madre.

La duda no se había disipado en Zigûr Adûnâimô; necesitaba ponerse el anillo, sentirlo, tocarlo, sentir su poder en otra esfera. Y lo deslizó sobre su dedo; volvió a estar pálido, visible pero etéreo, de mirada púrpura y penetrante. Pero algo llegó que no esperaba; una visión que cruzaba tierra, pasto, montaña, ríos y mares, enviada por el Señor de las Mentiras, agitando y mostrando un Anillo diferente a todos; un Anillo que, desde aquel mismo momento, el señor del Sorontil quiso ver, contemplar, servir cualesquiera que fuesen sus órdenes. Y frente a sus ojos, traída desde la profundidad de Mordor, tomó forma una escena con dos figuras primero emborronadas entre la oscuridad, la penumbra y los jirones de luz de aquel mundo de tinieblas. Se aclaraban poco a poco, la una de espaldas, en mitad de un bosque, y con el rostro de su hija la otra. Pronto se quedó sin habla: era Agâninzil disparando una flecha... a Tarannon, que caía muerto. Mientras ella lo enterraba otra figura tomó forma más alejada; era Mel-Silmë, pero no era ya bella, sino despreciativa, despectiva y con mirada dura. Miró a Eldandur, pues en aquel momento era Eldandur quien estaba observando, y apartó con rudeza la mirada para desvanecerse, con el resto de la visión.

-¡Eres tú! ¿Y tu hermano? ¿Qué le has hecho a tu hermano?

Agâninzil dio dos un paso atrás; el rostro de su padre rebosaba de ira. Temblaron los cimientos de la torre, una sombra tamizó la luz y la hizo desvanecerse un instante, y todos los que estaban entre aquellos muros sintieron una congoja como nunca antes.

-¡Tú!

-Padre...

Se acercó a trompicones y le gritó a la cara, pero de su boca no salió sonido alguno; nada fue perceptible por el oído de hombres y mujeres, de enanos o elfos, de animales, plantas o ents... Simplemente una especie de vapor incoloro pero fétido, portador de dolor y maldad; y lo lanzó con toda la ira de que era posible. Envolveró el Hálito Negro de manera invisible a Agâninzil, y no sólo su cuerpo sino su mente,

trayendo a su memoria el rostro sin vida de Tarannon, provocándole dolor y locura, tanto en un instante como cabrían en un siglo... Y Andunë, no pudiendo resistir más, cayó sin vida.

Salió de aquella estancia duro como la piedra, dejando allí tirado el cuerpo, pues poco ocupó aquello su mente. Sólo pensaba en aquel Anillo, en su voluntad y en la voluntad de servirlo. Nada le ataba ya allí. Lejos de sentir dolor, pena o remordimiento, su espíritu se tornó finalmente oscuro, negro, con una leve sonrisa ante la debilidad de los que le rodeaban. Nadie quedaba ya en el Sorontil. El viento agitaba sus ropajes pardos como la noche; y entendía por fin lo que había querido decir su Amo con “cuando estén preparados”. Ya lo estaba. No distinguía ya luz y oscuridad.

Desde el Este se alzó nuevamente la Voz de las Mentiras de Sauron.

-Sirve al Anillo... Ven, espectro...

Y ya nunca más fue Eldandur, ya nunca más Zigûr Adûnâimô. No más remordimiento ni dolor, pues su decisión estaba tomada para tortura de su espíritu. Aquel mismo día partió hacia el Este, ropajes negros y terror. Y olvidó su nombre. Y desde entonces sólo respondió ya a uno: Nâzgul.

FIN